

noviembre de 1443). Pero el Luxemburgo era un dominio de la corona de Bohemia, y los regentes que gobernaban en Praga protestaron contra aquella anexión. Entabláronse entonces negociaciones para casar al joven Ladislao, rey de Bohemia y de Hungría, con una hija de Carlos VII, en la seguridad de que el yerno y el suegro sabrían arrebatar á los borgoñones el Luxemburgo, y en 1457 quedó resuelto el matrimonio.

El día 8 de diciembre llegó á Tours una embajada húngara, y el conde de Foix ofreció á los húngaros un banquete que igualó en esplendor á las fiestas borgoño-

tivo en aquel país, cuyos habitantes, resignados con la dominación borgoñona, no les prestaron ningún apoyo.

Felipe el Bueno codiciaba además otra tierra de Imperio, el obispado de Lieja, cuyos indígenas eran resueltamente hostiles al duque de Borgoña. En 1456 Felipe obtuvo de la Santa Sede una bula que confería aquel obispado á su propio sobrino, un joven de diez y siete años, Luis de Borbón. Los liejenses entablaron negociaciones con Carlos VII, quien les otorgó en 1460 letras de protección, quedando encargados de velar sobre Lieja los bailes de Vermandois y de Vitry. De este



D. Alfonso V de Aragón y de Nápoles. Medalla en cobre, obra de Víctor Pisano. (Gabinete numismático de Berlín.)

nas, y durante el cual los asistentes juraron sobre un pavón asado ir á exterminar á los turcos. Una alianza con los húngaros, los recientes vencedores de Mahometo II, significaba que la dirección de las futuras cruzadas quedaría sometida á la casa de Francia, y era además una manera de rebajar á la casa de Borgoña.

La repentina noticia de la muerte de Ladislao, víctima de la peste, no abatió la perseverancia de los consejeros del rey; Carlos VII, por el contrario, «hizo suya la querrela» de Ladislao y tomó bajo su protección el Luxemburgo. El baile de Vitry fué á colocar los pendoncillos reales en las puertas de las ciudades luxemburguesas, y luego encaminóse á Praga para pedir nada menos que la corona de Bohemia, electiva como la de Hungría, para el hijo segundo de Carlos VII. Prometía el rey á los electores rescatar á sus costas los dominios de la corona hipotecados, y obligábase además á arreglar la cuestión de Luxemburgo en favor del rey de Bohemia; pero esta proposición fué acogida fríamente, y en 2 de marzo de 1458 fué elegido rey por aclamación el regente Jorge de Podiebrad. Entonces Carlos VII recurrió á otro expediente, cual fué adquirir por 50.000 escudos de oro los derechos de la duquesa de Sajonia sobre el Luxemburgo, y tomar el título de duque de éste, nombrando gobernador del ducado á Geoffroy de Saint-Belin. No parece, sin embargo, que los funcionarios de Carlos VII hayan ejercido ningún poder efec-

modo el esfuerzo vigilante y tenaz de los funcionarios del rey creaba en todas partes obstáculos á la ambición borgoñona.

II.—Cuestiones de Italia (1)

Cuando Carlos VII subió al trono, había en Italia soberanos más poderosos y más ricos que él. Entre los Estados de Lombardía habían surgido dos grandes señorías rivales: el ducado de Milán, gobernado entonces por Felipe María Visconti, tío de Carlos de Orleans, y Venecia, que extendía su dominación hasta el lago

(1) FUENTES.—La bibliografía de los documentos impresos hállase indicada en la obra de Perret que luego citaremos.

OBRAS DE CONSULTA.—Respecto del estado general de Italia: Carlos Cipolla, *Storia delle signorie italiane dal 1313 al 1530*, 1881.—Relatos de conjunto de la política francesa en obras aparentemente muy especiales: B. Buser, *Die Beziehungen der Mediceer zu Frankreich*, 1879; H. F. Delaborde, *L'expédition de Charles VIII*, 1888; M. Perret, *Relations de la France avec Venise*, tomo I, 1896 (muy útil).—Cuestiones de Milán: Mauricio Faucón, *La domination française dans le Milanais de 1387 à 1450*, «Archives des Missions», 3.^a serie, tomo VIII; Mary Robinson, *The claim of the house of Orleans to Milan*, «English historical Review», 1888; De Maulde, *Histoire de Louis XII*, tomo I, 1889.—Cuestiones de Nápoles: Lecoy de La Marche, *Le roi René*, tomo I, 1875; Elia Colombo, *Re Renato alleato del duca F. Sforza*, «Archivio storico Lombardo», 1894.—Cuestiones de Génova: De la Roncière, *Histoire de la marine française*, tomo II, 1900.

de Como. La casa de Saboya pesaba poco todavía en los destinos italianos. La Italia peninsular comprendía tres grandes Estados: la señoría de la Santa Sede, muy debilitada por los males resultantes del cisma (1); Florencia, que compartía con la república de Siena el dominio de Toscana, y finalmente el reino de las Dos Sicilias, el mayor de los Estados italianos, pero también el más pobre y el de más difícil gobierno. De suerte que la división política de Italia no llegaba hasta el desmenzamiento: formábanse ya en ella varias unidades locales y no era ya un terreno de anexiones fáciles. Era además el país de la diplomacia astuta y desleal, y los extranjeros que en él penetraban con proyectos de conquista exponíanse, cuando menos, á perder el trabajo y el tiempo. Los emperadores renunciaron á hacer respetar allí su antigua autoridad, y los reyes que precedieron al cándido Carlos VIII en el trono de Francia desempeñaron en Italia un papel insignificante.

Durante el período del reino de Bourges, sólo la casa de Anjou mantuvo la tradición de la intervención francesa en Italia. Renato de Anjou, duque de Lorena, hijo del rey de Sicilia Luis II, supo, desde el fondo de la cárcel en que el duque de Borgoña le tenía cautivo, la muerte de su hermano el rey de Sicilia, Luis III, ocurrida en Cosenza (1434), y la de la reina Juana II, que probablemente había por sí misma designado como sucesor suyo á Renato (1435) (2). La duquesa de Lorena se embarcó para Nápoles é hizo reconocer su autoridad en la ciudad y en sus inmediaciones; mas la anarquía imperaba en aquel reino entregado á la barbarie feudal, y la duquesa hubo de contar con aquellos barones napolitanos, codiciosos y groseros que tenían apodos de matones: Zizi, Malcarne, el Matarife, Mata-Ratones (3), y sobre todo con el antiguo rival de Luis III, el rey de Aragón Alfonso *el Magnánimo*, que poseía ya la Sicilia. Cuando su esposo, libre al fin, fué á reunirse con ella en 1438, la duquesa, para proporcionarse recursos, había tenido que empeñar una parte de sus vestidos.

Renato tenía entonces veintinueve años y era hombre amable, de valor caballeresco, muy capaz de hacer popular en el extranjero el nombre de Francia. Los napolitanos le amaron por su sencillez y bondad; pero su candidez corría parejas con su valentía; tenía algo de antecesor de Don Quijote, y era como éste sumamente pobre. Carlos VII le prestó veinte mil florines, que pronto desaparecieron en la sima italiana. Desde que fué conocido el estado de su bolsa disminuyó su prestigio, porque, como decía un contemporáneo, el autor del *Journal de Naples (Diario de Nápoles)*, «la pobreza hace huir á todo el mundo.» Traicionado por los *condottieri*, escarnecido por Alfonso de Aragón que se movía de sus carteles, acabó por dejar que le quitaran Nápoles, y cansado de luchar regresó á Provenza en 1442: «No quiero, decía, que de mí hagan objeto de sus tráficos.» La Provenza fué la única porción de la herencia napolitana que conservó la casa de Anjou. Renato continuó titulándose rey de Sicilia, pero no

(1) Juan Guiraud, *L'Etat pontifical après le Grand Schisme*, 1895.

(2) Respecto de los angevinos en Italia y de la reina Juana, véase pág. 527.

(3) Faraglia, *Studi intorno al regno di Giovanna II di Anjou*, 1896.

consiguió recobrar su reino. La Santa Sede, que en otro tiempo había llamado á Italia á su hermano Luis y que le había sostenido, dió á Alfonso de Aragón la investidura del reino de Nápoles.

La casa de Orleáns, que tenía derechos indiscutibles sobre la sucesión futura de Felipe María Visconti y poseía el condado de Asti, tenía entonces por jefe, al igual que la casa de Anjou, á un poeta, no á un político. Carlos de Orleáns tenía más de un punto de contacto con el rey Renato; cierto que hacía mejores versos que éste, pero lo mismo que él no era de la madera de que se hacen los conquistadores. Y para colmo de males estuvo cautivo mucho más tiempo que Renato, y mientras él rimaba baladas en sus prisiones inglesas, su tío Visconti tomó posesión del condado de Asti á pretexto de defenderlo; pero cuando Carlos recobró la libertad reclamó en vano su restitución.

Felipe María murió en 13 de agosto de 1447 sin otorgar testamento (4) y dejando sólo una hija bastarda, Blanca María, que se había casado con el condottiero Sforza, de suerte que el ducado de Milán debía volver á Carlos de Orleáns, según el contrato de matrimonio de su madre Valentina Visconti. Aun antes de que el duque de Milán exhalara el último aliento, el baile de Senis, Reinaldo de Dresnay, ocupó con quinientas lanzas el condado de Asti, y apenas certificada la muerte de Felipe María, afirmó los derechos sucesorios de Carlos de Orleáns é invadió el Milanesado, en donde sus desolladores sembraron el terror. Pero la confusión que allí reinaba era espantosa: la ciudad de Milán, que no quería tener señor, constituyóse en «República Ambrosiana,» y las ciudades sujetas á obediencia se entregaron unas al duque de Saboya, otras á Génova, tales al marqués de Montferrat, cuales al duque de Ferrara, ó á Venecia, ó á Sforza ó al duque de Orleáns. Los condottieri se arrojaron sobre la herencia de Felipe María, y uno de ellos, el famoso Colleone, que se pasó al servicio de la República Ambrosiana, derrotó á Reinaldo de Dresnay y le hizo prisionero.

Esta derrota calmó las veleidades del rey de Francia, que por un momento había pensado en apoyar seriamente los derechos de Carlos de Orleáns. Por otra parte, tenía éste en el yerno de Felipe María, Francisco Sforza, hábil guerrero y diplomático sutil, un rival invencible, como Renato de Anjou lo tenía en Alfonso *el Magnánimo*. En octubre llegó á Asti con muy modesto séquito Carlos de Orleáns, quien en Francia, durante su viaje, había tenido que pedir á las ciudades, á los conventos y á los funcionarios del rey, avena para sus caballos y vino para él; y como excepción hecha de los fieles astienses, nadie en Italia quiso acoger ni apoyar á aquel príncipe necesitado; partió al año siguiente sin haber obtenido una pulgada de tierra ni una alianza, y en 1450 los milaneses, agotados por la miseria y por las discordias, abrieron las puertas de la ciudad á Francisco Sforza. El único resultado político del viaje de Carlos de Orleáns á Italia fué el aseguramiento en el condado de Asti de la dominación francesa, que subsistirá hasta el tratado de Cambrai (1529).

El advenimiento de Sforza modificó profundamente

(4) No hay razón perentoria para suponer que otorgara uno en favor de Alfonso de Aragón.

las relaciones de los Estados italianos entre sí y con Carlos VII, el cual bien pronto se vió instado á intervenir en los asuntos de la península. La Señoría de Venecia, temiendo ver su poderío continental destruído por el nuevo duque de Milán, formó contra éste una liga en la que entraron sucesivamente el rey de Aragón, el duque de Saboya y el marqués de Montferrat. Sforza tuvo miedo, y pareciéndole insuficiente la alianza de su amigo Cosme de Médicis, cuyo glorioso principado comenzaba en Florencia, resolvió solicitar la de Carlos VII, y para desempeñar esta misión llegó á la corte de Francia, en 14 de noviembre de 1451, el florentino Angel Acciajuoli.

El 9 de marzo anterior el delfín habíase casado, contra la voluntad de su padre, con Carlota de Saboya, y Angel Acciajuoli pedía una alianza contra una liga de la cual el duque de Saboya formaba parte. Carlos VII, dando al olvido la injuria inferida á la casa de Orleáns, prometió socorrer en caso de guerra á Milán y á Florencia (tratado de 21 de febrero de 1452); en cambio Sforza sólo contraía el vago compromiso de apoyar los intereses del rey en Italia, mientras perfidamente entablaba negociaciones secretas con el delfín y el duque de Saboya.

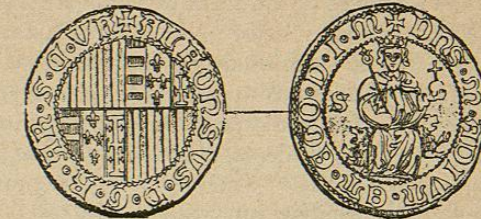
Estalló la guerra en Italia en la primavera de 1452. Carlos VII, en el curso de la expedición que entonces realizó al Mediodía, obligó al duque de Saboya á observar la neutralidad en Italia; pero al año siguiente volvió Acciajuoli á Francia para reclamar una ayuda más efectiva. Carlos VII preparaba en aquella sazón una nueva expedición á Guiena, y Renato de Anjou, que no había podido olvidar su derrota de Nápoles, encargóse de buen grado de ir á Italia en representación del monarca francés. Su enemigo Alfonso de Aragón formaba parte de la liga que se trataba de combatir, y Renato acariciaba la esperanza de crearse poderosos aliados con los cuales podría emprender de nuevo próximamente el camino de Nápoles. La duquesa de Milán dispénsóle una acogida magnífica; pero así que la llegada del ejército francés hubo producido en los venecianos el efecto de terror deseado, Sforza y Cosme de Médicis no tuvieron más anhelo que firmar la paz y despedir al rey Renato, el cual, engañado una vez más y exhausto de todo recurso, hubo de reparar los Alpes en enero de 1454.

En 9 del siguiente abril, Sforza firmó con la Señoría de Venecia la paz de Lodi y algunos meses después estaban reconciliados todos los Estados italianos, formándose una liga entre Milán, Venecia, Florencia, la Santa Sede y Alfonso de Aragón, en apariencia para organizar una cruzada, pero en realidad para garantizar á Italia contra los progresos de la influencia francesa. Entonces Francisco Sforza se hizo resueltamente amigo del delfín, y aunque halagaba á Carlos VII y le colmaba de lisonjas y de regalos, no cesaba de envolverle en la embrollada red de sus intrigas.

La desconfianza de los soberanos italianos hacia la dinastía de los Valois, que había llegado á ser la más poderosa de Occidente, se patentiza en una memoria debida sin duda á uno de los hombres de Estado italianos más sagaces de aquel tiempo, Cicco Simonetta, que fué leída á Sforza el 28 de junio de 1457 para inducirle á vigilar los asuntos genoveses: si los franceses se apoderaban nuevamente de Génova, los anjovinos harían

de ésta la base de nuevas empresas contra la dinastía aragonesa y renacerían los disturbios en Italia; de modo que para conservar el equilibrio establecido por la paz de Lodi era preciso cerrar el camino á la ambición francesa.

Estos temores estaban justificados; en efecto, en aquel mismo momento el hijo del rey Renato, Juan de Anjou, duque de Calabria, preparaba, en nombre de Carlos VII, la ocupación de Génova. Era aquella la segunda vez que aquel rey de Francia intentaba la anexión de esa república marítima cuyos buques tan útiles podían serle en su lucha contra los ingleses. Desde la marcha de Boucicaut (1409) Génova había pasado por todas las fases de la anarquía (1). El partido de los «Fregosi» había llamado por vez primera á Carlos VII en 1446 y Janus de Campo-Fregoso, cuando fué dux, había por toda recom-



Moneda de Alfonso V, rey de Nápoles

pensa expulsado á los franceses. Amenazados por el rey de Aragón, los Fregosi volvieron á solicitar, diez años después, el apoyo del rey, y en aquella ocasión la Señoría de Génova fué solemnemente transmitida á Carlos VII: Juan de Anjou, lugarteniente del rey, ocupó la ciudad (11 de mayo de 1458), y en ella se sostuvo á pesar de las intrigas de Sforza y de la perfidia de los genoveses, y tan asegurada consideraba la dominación francesa, que en 4 de octubre de 1459 se embarcó para ir á la conquista de Nápoles, justificando de esta manera las previsiones de Cicco Simonetta.

Alfonso *el Magnánimo* había muerto en 1458, dejando Aragón á su hermano Juan y las Dos Sicilias á su bastardo Fernando, á quien se negaron á reconocer el príncipe de Bassano y otros barones napolitanos, quienes ofrecieron la corona al duque de Calabria. Carlos VII emprendió una campaña diplomática en Italia en favor de Juan de Anjou, pero los miembros de la liga se mostraron hostiles á la nueva tentativa anjovina. El rey Renato, poco menos que arruinado, no encontraba ya crédito en ninguna parte, por cual razón las hazañas de su hijo resultaron inútiles y Nápoles escapó una vez más á los anjovinos. Y en tanto que el duque de Calabria perdía de este modo el tiempo, los franceses fueron por segunda vez expulsados de Génova.

Tal fué la política francesa en Italia durante el reinado de Carlos VII, política que no merece ser olvidada porque, á pesar de todo, es un signo de la nueva vitalidad de Francia apenas salida de las garras de Inglaterra y porque tiene su puesto señalado en los orígenes de las insensatas guerras de Italia. Pero, como hemos visto, no tuvo ningún resultado directo y ni siquiera tuvo unidad: la casa de Anjou y la de Orleáns perseguían distintos fines, y sus esfuerzos á veces se contrariaban, como cuando el rey Renato apoyó con las armas en la mano

(1) Véase págs. 538 y siguientes.